

triunfo positivo, escribía el caudillo pocos días después de la batalla, en carta al General Alejandro García. Y á los que le rodeaban, decía de viva voz: *La victoria de Miahuatlán me abrirá el camino para México.*»

«Era mucho decir, cuando el andamiaje imperial estaba todavía sostenido por millares de ballonetas francesas, austriacas, belgas y mexicanas.

«Sin embargo, la impresión en la capital del Imperio fué intensa. La *banda de Porfirio* caía de los labios imperialistas y se alzaba á *legión*. Los detalles de las derrotas de Oronoz iban llegando, y de ellos surgían el parentesco espiritual, las relaciones de filiación militar del oaxaqueño con el cura Morelos. . . . Eran sus mismas evoluciones, su misma combinación de precauciones y de audacias. Su maniobra favorita (*maña* tomada por el caudillo al *ARRIERO de hombres*, desde su campaña de Tehuantepec) era la de emboscar una reserva bajo consigna de atacar en momento crítico del combate. La estrategia efectista de la defensa de Cuautla se repetía. . . . Ese hombre sabía agrupar sus masas miserables y distribuirlas de modo de hacer creer alternativamente al enemigo que tenía muy pocos soldados, ó tenía demasiados. El caso era que, escaseando de hombres y municiones, careciendo absolutamente de cañones, los había suplido con fogonazos de sorpresa, arremetidas inesperadas por frente y espalda. Á falta de recursos positivos, los sacaba del suelo. . . . Á semejanza de su homónimo *Porphyron* el griego, el hijo de Petrona se batía con piedras. ¡Lo decían ellas! Las lomas rocallosas de los Nogales, Yolvoe y Zavaletas, las paredes graníticas de la Barranca de Luchindo en el campo sangriento de Miahuatlán.»*

Dice muy bien el escritor citado. La victoria de Miahuatlán fué, por su efecto moral sobre el ejército, de trascendentales consecuencias.

El General Oronoz contaba en Miahuatlán con todas las ventajas: tenía dos piezas de artillería y 1,400 hombres bien organizados.

El General Díaz, sólo contaba con 900 hombres mal armados, carecía de parque, y es probable que no hubiese aceptado el desigual combate, á no verse obligado por las circunstancias.

En aquella batalla, sólo podía obtenerse la victoria, por uno de esos golpes violentos, asombrosos, que en el supremo instante conciben y ejecutan los jefes ilustrados, valientes y serenos, los grandes capitanes.

* EL CAUDILLO. Por Salvador Quevedo y Zubieta.—Librería de la Vda. de C. Bouret.—México. 1909.

XVIII.

LA CARBONERA.



El día 16 de Octubre de 1866, el General Díaz interceptó al enemigo un pliego, en el que se daba parte al General Oronoz, de que una Columna de 1,500 hombres, casi todos austriacos y muy bien equipados, iban en auxilio de Oaxaca; y se le recomendaba sostenerse en la plaza á todo trance.

Á la vez, y con rumbo á La Carbonera, por donde venía la Columna imperialista, se acercaba el General Figueroa, que con reducidas y mal municionadas tropas, trataba de incorporarse á las fuerzas sitiadoras.

El General Díaz concibió entonces el proyecto de ir á sorprender á la Columna imperialista, con el objeto de privar á Oronoz de aquel auxilio, y proteger á la vez la llegada de la Columna de Figueroa, que corría riesgo de ser aniquilada.

En la noche del mismo día 16, con el más estricto sigilo, concentró las fuerzas sitiadoras en la hacienda de Aguilera, y protegido por la obscuridad, avanzó por el camino de Etna, pasando hasta San Juan del Estado, adonde llegó á las nueve de la mañana del día 17, en los momentos en que también acababa de llegar con su Columna en salvo el General Figueroa.

Informado el Sr. Gral. Díaz, de que las tropas austriacas tardarían más de 24 horas para llegar á La Carbonera, decidió regresar con sólo su caballería y amagar ostensiblemente la ciudad de Oaxaca, con objeto de hacer creer á Oronoz que continuaba las operaciones de sitio, é impedirle que hiciera una salida al encuentro de la Columna de auxilio.

Llega ese mismo día frente á Oaxaca y permanece allí, en la hacienda Blanca, que sólo dista de la ciudad unos cinco kilómetros; pero en la noche vuelve sin que su movimiento sea sentido, marchando á incorporarse con el grueso de sus tropas, á las que había ordenado, que al amanecer del día 18, se adelantaran al encuentro de la Columna austriaca, y se anticiparan á tomar posiciones en La Carbonera.



La meseta de La Carbonera, donde está situado el rancho de ese nombre, mide algo más de un kilómetro cuadrado.

Hay en su superficie, dos colinas separadas por una cuenca, y el camino seguido por las fuerzas republicanas, sube casi directamente de Sudoeste á Noroeste, y tiene un solo ancón ya cerca de la cumbre.

De aquellas dos colinas, la más alta, la loma de «La Carbonera,» fué la ocupada por las fuerzas austriacas, que llegaron á ella por el sinuoso camino que sube por el Norte.

La colina más baja, delante de la cual hay un barranco, debía ser ocupada por la Columna republicana.

Temiendo el General Díaz que los austriacos se anticipen, apresura su marcha, é incorporado al grueso de su fuerza, llega á La Carbonera, y al ascender á la meseta, recibe la noticia de que en esos momentos, eran las doce del día, el enemigo, con 1,500 hombres y seis

piezas de montaña rayadas, y de calibre de siete centímetros, está subiendo por el lado opuesto.

El General Díaz, que llevaba 1,600 hombres medianamente armados, un pedrero en muy mal estado y dos obuses lisos, ordena desde luego que el Coronel D. José Segura y Guzmán, con 300 infantes, cubierto por la pequeña colina y defendido por el barranco, quede allí en disposición de atacar, en su oportunidad y por sorpresa, el flanco del enemigo, pudiendo, además, si el caso se presenta, cortar su retirada.

Hace avanzar el grueso de su fuerza, quedando la caballería cubierta en el ancón del camino, y toma posiciones de combate, mientras el enemigo hace lo mismo á unos 600 metros de distancia, en el lado contrario.

El Coronel Félix Díaz, con 300 hombres, se coloca en el centro, en línea desplegada, con tiradores á vanguardia; el General Figueroa, con 300 en Columna, forma el ala derecha, un tanto avanzada entre el monte y con tiradores avanzados; y el Coronel Espinosa, con otros 300 y la artillería, cubre el ala izquierda, desplegando también tiradores, y situándose de modo que la caballería tenga expedito el paso. En tales condiciones empezó el combate.

«Aún no acababa yo de colocar las tropas, pues mandaba, por medio de mi Mayor de órdenes, el Coronel D. Manuel González, hacer á un lado del camino las del Coronel Espinosa y Gorostiza, cuando el enemigo, bajo la protección del fuego de su artillería, destacó una espesa cadena de tiradores franceses, que avanzaron con intrepidez y llegaron cerca de mi línea, sin que pudiera impedirlo el fuego de los míos y de mis cañones. Fué necesario ejecutar un contraataque, con la mitad, respectivamente, de las dos Columnas de las alas, y ésto ocasionó que el enemigo emprendiera una decisiva carga con la mayor parte de su infantería. No obstante que reforcé las medias columnas con sus correspondientes restos, fueron obligadas á replegarse á los costados, á la ceja de monte y barranco de los respectivos flancos, ante el empuje del contrario, bien sostenido en esos instantes por la brusca salida de su caballería, que en su mayor parte era húngara. Lancé entonces al combate toda la reserva que me quedaba, formada por la tropa del centro, lo mismo que la caballería que había dejado en segunda línea; y cuando, rechazado á virtud de ésto, el enemigo llegaba desordenado á la colina, base de su operación, donde aún conservaba una pequeña reserva y su artillería, moví, por medio de un toque convenido, al Coronel Segu-

ra, que apareciendo de improviso en el alto relieve del terreno, por el costado izquierdo, corre á cortar su retirada.

«Este movimiento, que se ejecutaba á la vista del enemigo, por encima del relieve de que hablo, y mi ataque vigoroso por el frente, determinaron la fuga de la caballería traidora, y una parte de la húngara, y la confusión y derrota de la infantería. De pronto se hicieron unos 600 prisioneros y se quitaron cuatro cañones, y sobre la persecución dejaron los fugitivos otro cañón y un montaje solo, cuya respectiva pieza se llevaron á lomo de mula, y se les capturaron 100 hombres más.

«La caballería, lo mismo la mexicana que la húngara, se escapó en su mayor parte, con excepción de unos 39 ó 40 extraviados, que fueron capturados en la selva por los paisanos armados, y dos días después conducidos á Oaxaca.» (Memorias).

La Columna enemiga estaba al mando del Coronel austriaco Hotse, y á sus órdenes iban Trujeque, Flon, y el entonces Coronel D. Hermenegildo Carrillo.

Dicha Columna, de 1,500 hombres, estaba formada por un batallón de infantería austriaca, dos compañías de enganchados voluntarios franceses, tres escuadrones de húngaros y dos de mexicanos.

La batalla comenzó á la una de la tarde, y la derrota quedó consumada á las cinco.

La persecución, hecha por el Gral. Díaz, en persona, duró hasta las siete y media de la noche, y la oficialidad de la infantería enemiga quedó toda prisionera.

Esta brillante victoria del General republicano, acobardó á Oroz, que inició desde luego la capitulación de la plaza de Oaxaca, según se puede ver por la siguiente carta:

«Oaxaca, 21 de Octubre de 1866.—Sr. D. Rafael García.

«Querido hermano:

«Habiéndose demorado algunos días la salida de mi correo para ese rumbo, á causa de haber tenido que levantar el sitio de esta plaza, para impedir que entrara un refuerzo que venía al enemigo, hoy, de regreso aquí, tengo el gusto de comunicarte lo último ocurrido.

«Tuve noticia de que la guarnición de Huajuápam y Yanhuatlán, reforzadas con hombres de la de Tehuacán, se reunían en el segundo punto, y á poco se ponían en marcha hacia esta ciudad, en gran número, la mayor parte austriacos. En esa fecha aún no se me habían incorporado las tropas del Gral. Figueroa, y tanto por temor de que las batiera en el camino el enemigo, como porque cubiertos los pun-

tos de la plaza para sitiar al de adentro, apenas me quedaban disponibles unos cuantos centenares de hombres, me decidí á levantar momentáneamente el sitio, para reunir todas mis fuerzas y salir al encuentro de la Columna enemiga.

«Así lo verifiqué en la noche del 15 al 16 del corriente; el 17 se me incorporó, en San Juan del Estado, el General Figueroa, y al siguiente emprendí marcha por Huitzo, adelante, que era el camino que mis exploradores me indicaban tomaría el enemigo, que la víspera había pernoctado en Huaucilla. Me propuse, pues, batirlo en un punto llamado *La Carbonera*, y anduve con tanta suerte, que apenas empezaba á tomar posesión de aquel punto, empezó á descubrirse por el camino la Columna contraria. Á poco se trabó un reñido combate, que duró como hora y media, á cuyo término quedaba completamente derrotado el enemigo, y era perseguido por mi caballería y parte de la infantería, en un trayecto de tres leguas, hasta que la noche nos impidió seguir adelante.

«En toda aquella grande extensión quedaron innumerables cadáveres é infinidad de armas, que el enemigo abandonaba al morir ó caer prisionero. Los resultados de esta espléndida victoria fueron: en lo material, 416 prisioneros austriacos; cuatro piezas rayadas, con más de 300 granadas y botes de metralla; sobre 700 carabinas y fusiles, muchas armas y efectos de guerra, parque, mulas, etc.

«Moralmente, se puede decir que estreché el sitio de la plaza, pues al volver apenas, antes de comenzar nuevas operaciones, el enemigo, que ha visto desfilar delante de sus fuertes el trofeo de *La Carbonera*, comienza á desmayar, é inicia negociaciones de capitulación, que he desoído, porque quiero reducirlo al último extremo, y no hacer sacrificio ninguno al triunfo.

«Estoy impuesto de los sucesos de esa línea, por las comunicaciones de los Generales Méndez, Rodríguez, Cuellar y León, á quienes contesto por este mismo correo.

«Te incluyo algunos ejemplares de los primeros números del Boletín que comencé á publicar al sitiar la plaza.

«Con la victoria de *La Carbonera*, no sólo se conquista Oaxaca, sino que todo el Estado, con excepción de Tehuantepec, queda libre de imperialistas.

«Sin otra cosa que comunicarte, me repito con gusto tu afectísimo hermano que te quiere.—(Firmado). *Porfirio Díaz*.»

Terminada la persecución de Hotse, Porfirio Díaz volvió sobre Oaxaca.

«El 19 de Octubre de 1866 volví á Huitzo, y el 20 á Oaxaca, para restablecer el sitio.

«La primera noticia que tuvo Oronoz de que venía á auxiliarle una Columna y de que había combatido, fué una de las circulares que yo mandé á todos los pueblos, para que me proveyeran de hombres y camillas, á fin de hacer el transporte de los heridos.

«Oronoz se apercibió, naturalmente, de que había tenido lugar un reñido combate; pero dudaba de sus resultados y había ordenado al jefe que mandaba el fortín de la Soledad, situado en una avanzada eminencia, que cuando alguna Columna de tropa se acercara, disparase, como aviso á la plaza, si era amiga, tres tiros de cañón, consecutivos; y si era enemiga, un solo tiro con bala, en dirección á ella.

«Como los primeros que formaron en la Columna, con hileras de mis soldados á los flancos, eran los prisioneros austriacos, y todos tenían parte de su uniforme rojo, el jefe del fortín de la Soledad anunció, engañado por ésto, la presencia de una Columna amiga; equivocación que no tardó en reparar cuando estuvimos más cerca y pudimos ser examinados mejor.

«Reocupé, sin que el enemigo hiciera seria resistencia, toda la línea que había tenido antes, efectuando ligeros tiroteos, que duraron hasta media noche.

«Al día siguiente seguí estrechando el sitio, y lo mantuve hasta el día 30, haciéndolo más riguroso. Cuando me preparaba á atacar el dominante fortín de la Soledad, como operación preliminar para asaltar en seguida los edificios de la ciudad, que el enemigo ocupaba, éste tocó parlamento y me propuso la entrega de la plaza mediante condiciones, á lo que contesté que sólo aceptaría su rendición incondicional. Así me la ofreció bien luego, y nombré en comisión, para el arreglo de los detalles de la capitulación, al General Figueroa y á los Coroneles D. Manuel González y D. Félix Díaz. El enemigo se rindió á discreción é hizo la entrega el 31 de Octubre. Refundí toda su tropa en mis batallones, y establecí prisiones convenientes para los jefes y oficiales.

«Al ocupar la plaza de Oaxaca, di el grado de General, usando de las facultades que tenía, á los Coroneles D. Manuel González y D. Faustino Vázquez Aldana, no haciendo lo mismo con el Coronel D. Félix Díaz, por ser mi hermano, sin embargo de que me lo suplicaron sus agraciados compañeros; pero habiendo esto llegado después á conocimiento del Gobierno general, se me envió el despacho de General graduado, expedido en favor de mi citado hermano.» (Memorias).

El vencedor de La Carbonera y de Oaxaca, no sólo estableció prisiones para los jefes y oficiales que se habían rendido: estableció una escuela para niñas. Este rasgo no necesita comentarios.

«Había tenido ocasión de ver muy de cerca, en el curso de la campaña, el estado de atraso que guardaba en las pequeñas poblaciones la educación de la mujer, lo cual la hacía egoísta; y ésto, trascendiendo en la familia, producía naturalmente sus amargos frutos, pues ella en el hogar, cuando no ve más allá que el hogar mismo, entibia los entusiasmos y hasta paraliza los sentimientos altruistas del patriotismo. Así es que juzgué un deber dar el primer paso en la educación de la mujer en Oaxaca; y con ese objeto, al hallarme en la capital, después de la rendición de Oronoz, sin embargo de la grande escasez de recursos con que luchaba y de la necesidad de aplicar, de toda preferencia, los muy pocos de que podía disponer á la organización del cuerpo de ejército con que intentaba emprender la campaña contra Puebla y México, establecí, el 2 de Diciembre de 1866, una academia de educación secundaria para niñas, que fué la primera que se organizó en los Estados de la República, y á la cual he tenido la satisfacción de ver después prosperar grandemente.» (Memorias).

Al rendirse la plaza de Oaxaca, que durante dos años había constituido un importante centro de operaciones del ejército imperialista, entregó al vencedor 1,100 soldados, el depósito de fusiles y municiones, la maestranza y 30 cañones.

Las tropas oaxaqueñas que con tanta constancia y abnegación habían servido, solicitaban un descanso que les fué concedido, quedando en sus pueblos con el carácter de Guardia nacional y listas para ocurrir al llamado del caudillo. La custodia de la plaza quedó encomendada al Gral. D. Alejandro García, con una fuerza de mil hombres, vecinos de la ciudad que voluntariamente prestaron sus servicios.

A las órdenes del Gral. García quedaba también el Gral. D. Manuel González, organizando con cuadros de jefes, oficiales y alguna tropa que servía de pie veterano, tres batallones de cazadores, uno de artilleros y una compañía de zapadores.

Entretanto, el Gral. Díaz organizaba el Gobierno del Estado y hacía importantes preparativos para su proyectada expedición sobre Puebla, expedición que había resuelto emprender en cuanto hubiese exterminado los restos imperialistas, que aún quedaban sobre las armas en Tehuantepec, á fin de no dejar á retaguardia enemigo alguno que pudiera estorbarle ó marchar sobre sus huellas, y el 12 de Diciembre de 1866, con 1,200 hombres y tres piezas, rayadas, de mon-

taña, salió sobre Tehuantepec, contra el traidor Coronel D. Remigio Toledo, que con unos 2,300 imperialistas guarnecía dicha plaza.

«Ejecuté mi marcha sin novedad hasta Jalapa, ocho leguas antes de llegar á Tehuantepec, y allí supe por mis exploradores, que el enemigo tomaba posiciones ventajosísimas en un lugar llamado «El Tablón,» á la margen izquierda del río de Tehuantepec. En consecuencia, al emprender mi marcha el día siguiente, 13 de Diciembre, hice una desviación á la izquierda, tomando el camino que conduce á Guevea por La Chitova, con objeto de evitar el paso por un camino hondo, con altura ocupada por el enemigo á un flanco y con el río al otro. Por tal medio podía ocupar la ciudad de Tehuantepec, sin combatir, caso de que Toledo siguiera en sus posiciones, ó si las abandonaba para evitármelo, lucharíamos en terreno que no fuese ventajoso para él.» (Memorias).

Al ver Toledo que la Columna del Gral. Díaz se había desviado por el camino de La Chitova, se lanzó sobre su retaguardia, pero el jefe republicano, sin suspender su marcha, se limitó á ir tiroteando la cabeza de las Columnas enemigas; y al encontrar á su paso un arroyo, dejó emboscado allí el batallón «Libres de Oaxaca,» mandado por el Coronel D. Félix Díaz, con orden de atacar por la espalda á las tropas imperialistas, una vez que pasaran, y en el momento en que las fuerzas republicanas diesen media vuelta sobre ellas.

Poco después de haber pasado el arroyo, se encuentra el General Díaz en un lugar despejado de monte, que aunque en plano inclinado, le parece apropiado para el combate; vuelve allí caras de improviso contra el enemigo, que le sigue de cerca, y al estampido de los cañones, anunciando que ha llegado el momento decisivo, sale D. Félix Díaz de su emboscada y carga á la bayoneta sobre la retaguardia de Toledo, á la vez que D. Porfirio carga, también á la bayoneta, sobre la vanguardia.

Sorprendido Toledo, busca la salvación en el tupido monte, formado casi todo por una variedad de cierto arbusto espinoso, cuyo nombre vulgar, *uña de gato*, justifica lo agudo de su corta y curva espina.

Los soldados le siguen en desorden y la derrota queda consumada.

Comprendiendo que la persecución no debe hacerse en aquel monte, limítase el Gral. Díaz á levantar el campo, recogiendo las armas abandonadas por el enemigo, y llevando consigo los heridos de una y otra parte y 98 prisioneros, prosigue hasta Guevea, donde pernocta.

Al día siguiente, 14 de Diciembre, llega á Tehuantepec, sin hallar resistencia y ocupa la ciudad.

«Dos días después de haberla ocupado, supe por mis exploradores que un núcleo considerable del enemigo estaba en Tequisixtlán; me dirigí á ese pueblo, con 300 hombres, y después de una marcha de toda la noche, llegué á él, á las siete de la mañana del día siguiente, en momentos en que los contrarios lo abandonaban precipitadamente; les hice algunos muertos, no pudiendo perseguir á los fugitivos en larga distancia, porque, como todos ellos eran de la localidad y acostumbrados á la selva, que en el Istmo es montuosa y espesa, se dispersaron completamente en los bosques para evadir la persecución.

«El día 18 tuve conocimiento en Tehuantepec, adonde había regresado, de que el enemigo se estaba reuniendo en una selva inmediata á Jalapa. Verifiqué otra batida, que dió por resultado hacerle algunos muertos y la captura de 38 prisioneros. El enemigo volvió á huir sin batirse, y advertí que su número disminuía considerablemente respecto del que advertimos en Tequisixtlán.» (Memorias).



